

# El último refugio

Tracy Chevalier

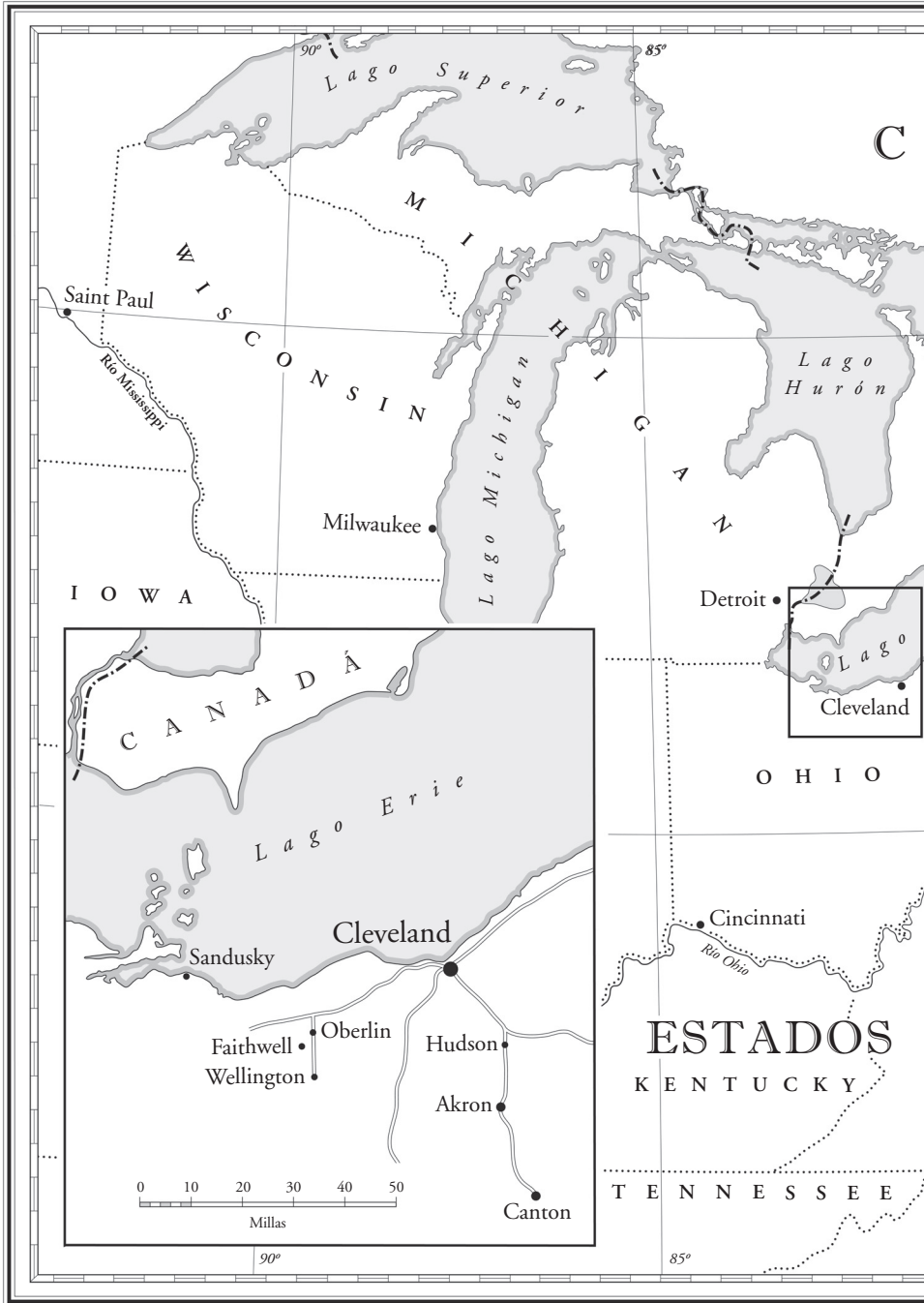
Traducción de  
Flora Casas

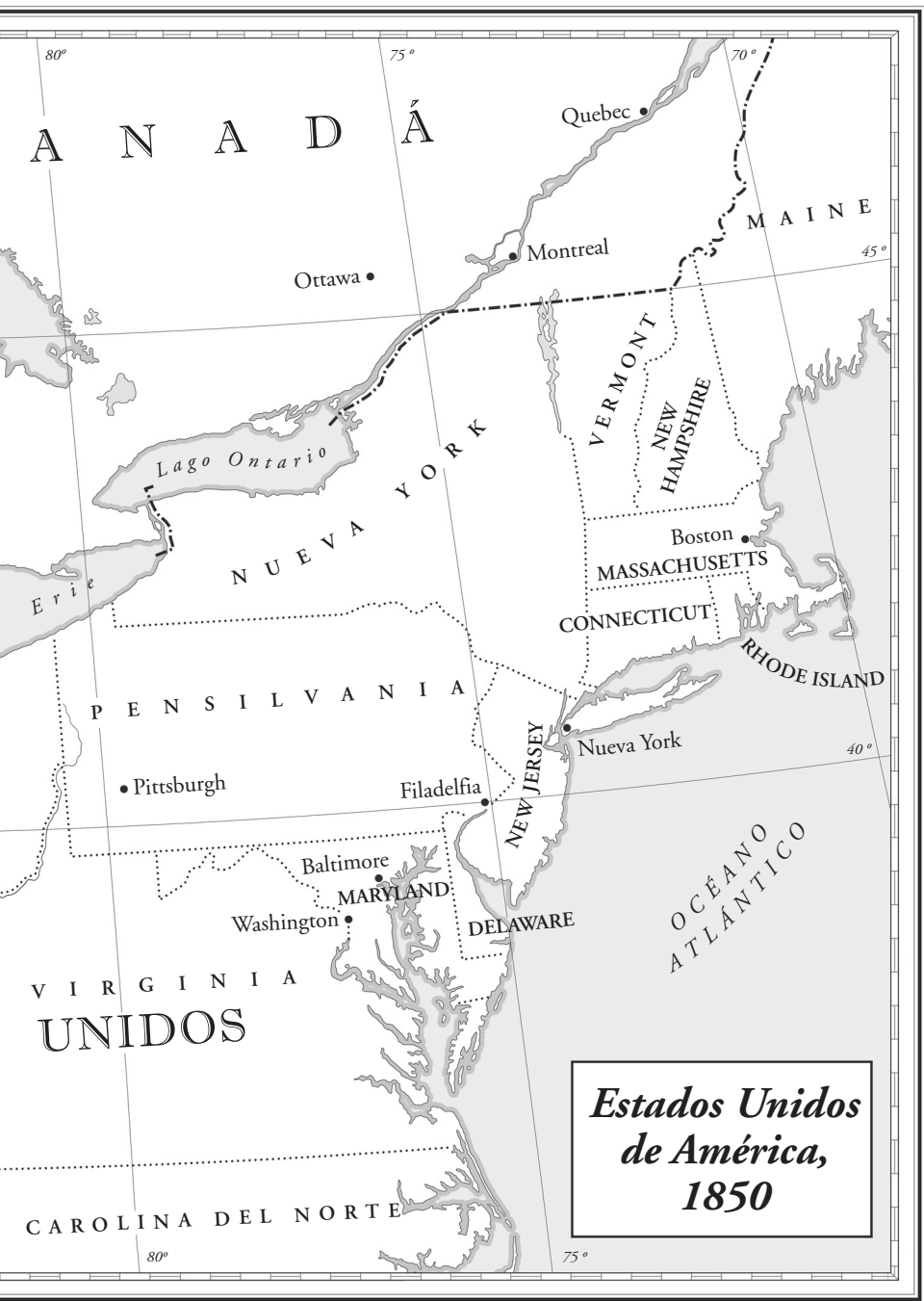
Lumen

---

*narrativa*

*Dedico este libro al Campamento Cuáquero  
de Catoctin y al Oberlin College, dos lugares que  
moldearon y encauzaron mi personalidad cuando  
era más joven*





# *Horizonte*

---





No podía volver. Cuando Honor Bright anunció de repente a su familia que acompañaría a su hermana Grace a América, cuando se puso a revisar sus enseres y a guardar únicamente lo imprescindible, cuando regaló todas sus colchas, se despidió de sus tíos y de sus tías, repartió besos entre sus primos, sobrinos y sobrinas, entró en la diligencia que se las llevaría de Bridport y subió del brazo con Grace por la rampa del barco en Bristol, tenía una idea fija: Siempre puedo volver. Sin embargo, bajo esas mudas palabras acechaba la sospecha de que en el momento en que sus pies abandonaran suelo inglés, su vida cambiaría para siempre.

Al menos la posibilidad de regresar aligeró su vida cotidiana durante las semanas anteriores a su marcha, como la pizca de azúcar que se añade a escondidas a una salsa para moderar la acidez. Le permitió mantener la calma y no llorar como su amiga Bidy cuando Honor le regaló la colcha que acababa de terminar, de retazos en forma de rombos marrones, amarillos y crema que formaban una estrella de Belén de ocho puntas, con arpas y el ribete de plumas por el que se la conocía. La comunidad le había regalado una colcha firmada —cada cuadrado estaba hecho y firmado por un amigo o familiar—, y no le quedaba sitio para las dos en el

baúl. La colcha firmada no estaba tan bien acabada como la suya, pero por supuesto tenía que llevársela. «Es mejor que te la quedes tú, para que me recuerdes —insistió cuando su llorosa amiga intentó devolverle la colcha con la estrella de Belén—. Ya haré otras en Ohio.»

Dejando a un lado los pensamientos sobre el viaje en sí mismo, Honor trató de centrarse en su final, en la casa de tablones que su futuro cuñado le había descrito a Grace en sus cartas desde Ohio. «Es una casa sólida, aunque no de piedra como tú estás acostumbrada —decía en ellas Adam Cox—. La mayoría de las casas aquí son de madera. Solo cuando una familia está establecida y casi segura de que no volverá a mudarse construye una casa de ladrillo. Está situada al final de Main Street, en la linde del pueblo. Faithwell es aún pequeño, con quince familias de amigos, pero crecerá, si Dios quiere. La tienda de mi hermano está en Oberlin, un pueblo más grande a tres millas de aquí. Ambos esperamos trasladarla cuando Faithwell haya crecido lo suficiente para albergar una pañería. Aquí lo llaman “tienda de confecciones”. Hay muchas palabras nuevas que aprender en América.»

Honor no se imaginaba viviendo en una casa de madera, que se quema rápidamente, se comba con facilidad, cruje y no da la sensación de durabilidad del ladrillo o la piedra.

Aunque trataba de limitar sus preocupaciones a la idea de vivir en una casa de madera, no podía evitar que sus pensamientos volaran hacia la travesía en el *Adventurer*, el barco en el que cruzarían el Atlántico. Estaba acostumbrada a los barcos, como cualquier residente de Bridport. A veces acompañaba a su padre al puerto cuando llegaba un cargamento de cáñamo. Incluso había subido a bordo de un barco y había visto a los marineros arriando



velas, enrollando cabos y fregando cubiertas, pero nunca había navegado. En una ocasión, cuando tenía diez años, su padre llevó a todos los hermanos a pasar el día en la cercana población de Eype, y se montaron en una barca de remos. A Grace le encantó estar en el agua y no paró de chillar, reírse y fingir que se caía por la borda. Pero Honor se aferró al costado del bote, tratando de no parecer asustada por el balanceo ni la curiosa y desagradable sensación de no poder mantener el equilibrio. No le quitó ojo a su madre, que paseaba inquieta por la playa con su vestido oscuro y la capota blanca, esperando a que sus hijos regresaran sanos y salvos. Evitó volver a subirse a un bote.



Honor había oído hablar de las malas travesías pero esperaba soportar la suya como cualquier otra adversidad, con paciencia y firmeza. Sin embargo, no estaba hecha para la mar, y quizá debería haberse dado cuenta tras su experiencia con el agua en el bote de remos. Después de zarpar de Bristol se quedó en cubierta con Grace y otros pasajeros, contemplando la costa de Somerset y el norte de Devon que se desplegaba ante ellos. Para los demás pasajeros la inestabilidad era una novedad divertida, pero ella se sentía cada vez más indispuesta y respondía a los bamboleos del barco con la frente arrugada, los hombros rígidos y una pesadez de estómago como si se hubiera tragado un pedazo de hierro. Se contuvo cuanto pudo, pero cuando el *Adventurer* pasaba a la altura de la isla de Lundy, su estómago al fin cedió y vomitó convulsamente en la cubierta. Un marinero se echó a reír. «¡Devolviendo y apenas hemos salido del canal de Bristol! Espere a que llegemos a mar

abierto. ¡Entonces se enterará de lo que es vomitar!», dijo en tono fanfarrón.

Honor vomitaba encima de Grace, en las mantas, en el suelo de su minúsculo camarote, en una palangana esmaltada. Devolvía aunque no le quedaba nada dentro; como un mago, su cuerpo sacaba algo de la nada, y después de cada acceso se sentía igual de mal. Cuando llegaron al Atlántico y el barco empezó con el continuo subir y bajar por el oleaje, siguió vomitando. Grace también se puso enferma, como muchos otros pasajeros, durante unos días, hasta que se acostumbraron al nuevo ritmo del barco. Honor no logró habituarse; las náuseas no la abandonaron durante el mes que duró la travesía.

Si Grace no estaba mareada, cuidaba de Honor; enjuagaba las sábanas, vaciaba la palangana, le llevaba caldo y galletas, le leía la Biblia o los pocos libros que se habían llevado: *Mansfield Park*, *La vieja tienda de curiosidades*, *Martin Chuzzlewit*... Para distraerla le hablaba de América, tratando de que pensara en lo que tenían por delante en lugar de la lobrete del momento presente. «¿Qué preferirías ver, un oso o un lobo? —le preguntaba, y ella misma contestaba a su pregunta—: Yo creo que un oso, porque los lobos son como perros grandotes, pero un oso solo se parece a un oso. Y en qué preferirías viajar, ¿en barco de vapor o en tren?»

Ante la sola idea de otro barco, Honor soltaba un gemido. «Sí, en tren —concedía Grace—. Ojalá hubiera tren desde Nueva York hasta Ohio. Algún día lo habrá. Pero fíjate, Honor: ¡dentro de poco estaremos en Nueva York!»

Honor hacía una mueca, pensando que ojalá también ella pudiera ver esa mudanza como Grace, como una gran aventura. Su hermana siempre había sido la más inquieta de los hermanos

Bright, la que siempre estaba dispuesta a acompañar a su padre en sus viajes a Bristol, Portsmouth o Londres. Incluso había accedido a casarse con un hombre mayor y más aburrido por la perspectiva que suponía de una vida lejos de Bridport. Grace conocía a la familia Cox, de cinco hermanos, desde que se marcharon de Exeter hacía varios años para abrir una pañería, pero solo empezó a mostrar interés por Adam cuando él decidió emigrar a Ohio. Matthew, uno de los hermanos, ya estaba allí, si bien había caído enfermo y su esposa había escrito pidiendo que algún hermano fuera a ayudar en el negocio. Adam se trasladó a América, y desde entonces Grace y él se habían carteadado con regularidad, y a base de discretas indirectas Grace consiguió que él le pidiera que fuera su esposa y se mudara a Ohio, donde llevarían la tienda junto con Matthew y Abigail.

A la familia Bright le sorprendió la elección de Grace; Honor pensaba que se casaría con alguien más alegre. Pero a Grace le fascinaba hasta tal punto la idea de vivir en Estados Unidos que no parecía importarle el carácter reservado de su futuro esposo.

Aunque paciente y tal vez sintiéndose culpable por someter a su hermana a tantas semanas de mareos, incluso a Grace empezó a molestarle la persistente enfermedad de Honor. Al cabo de unos días dejó de insistirle para que comiera, ya que Honor no retenía nada más de unos minutos. Empezó a dejarla sola en el camarote para pasear por la cubierta o sentarse a coser y charlar con las demás mujeres que iban a bordo.

Honor acompañó a Grace a una asamblea para la Adoración Divina organizada por unos cuantos amigos que viajaban a bordo; aunque sentada en silencio con ellos en un pequeño camarote no pudo librarse de sus pensamientos lo suficiente y dejar la mente

vacía, temerosa de que si lo hacía perdería el poco autocontrol que tenía y vomitaría delante de todos; de hecho, al poco tiempo el balanceo del barco y su estómago revuelto la obligaron a salir del camarote.

En el transcurso de la travesía plagada de dificultades entre Bristol y Nueva York, a veces, enroscada como una gamba en la estrecha litera o doblada sobre el orinal, Honor pensaba en su madre andando sobre los guijarros de la playa de Eype con su capota blanca y se preguntaba por qué había abandonado la seguridad de la casa de sus padres.

Sabía por qué: se lo había pedido Grace, con la esperanza de que una nueva vida aliviara su pena. A Honor le habían dado calabazas, y aunque de espíritu menos aventurero, la perspectiva de seguir viviendo en una comunidad que la compadecía la empujó a seguir a su hermana. Nunca se había sentido a disgusto en Bridport, pero en cuanto Samuel la liberó de su compromiso con él, tuvo tantas ganas de marcharse como Grace.

Toda su ropa desprendía un terrible hedor a rancio que no desaparecía por mucho que se lavara. Honor evitaba a los demás pasajeros, incluso a su hermana; no soportaba la mezcla de asco y lástima reflejada en sus caras. Encontró un hueco entre dos barriles en la cubierta de sotavento, donde se acurrucaba fuera de la vista de los atareados marineros y los pasajeros curiosos, lo suficientemente cerca de la barandilla para correr hasta allí a devolver en el agua sin llamar la atención. Se quedaba en cubierta incluso con lluvia y frío; la prefería al minúsculo camarote con un duro tablero por cama y el mal olor de sus mantas. Sin embargo, era indiferente al paisaje, el cielo y el mar inmensos, tan distintos de las colinas y los setos vivos de Dorset, nítidos y verdes. Mientras

que a los demás les fascinaban y les entretenían las nubes de tormenta, los arcoíris y la luz del sol que transformaba el agua en plata, los bancos de delfines que seguían al barco, la cola de una ballena que avistaban repentinamente, para Honor la monotonía y las náuseas mataban todo interés por tales maravillas de la naturaleza.

Cuando no estaba apoyada en la barandilla trataba de olvidarse de su estómago revuelto y dolorido cosiendo. Como regalo para el viaje su madre le había cortado cientos de hexágonos de tela amarilla y crema y plantillas de papel para coser rosetas. Esperaba terminar una colcha del jardín de la abuela durante la travesía, pero el bamboleo en cubierta le impedía mantener un ritmo constante para dar las puntadas impecables y minúsculas que eran su sello. Incluso la sencilla tarea de hilvanar los hexágonos en las plantillas —lo primero que Honor había aprendido de costura cuando era pequeña— exigía más concentración de la que permitía el movimiento del mar. Muy pronto comprendió que cualquier tela con la que trabajase quedaría contaminada por las náuseas, o el recuerdo de las náuseas, que venía a ser lo mismo. Tras varios días intentando coser las rosetas, Honor esperó el momento en que no hubiera nadie cerca y tiró los hexágonos por la borda; si volvía a ver ese paño se pondría mala. Era un escándalo desperdiciar una tela tan valiosa; sabía que debería habérsela dado a Grace o a otras mujeres, pero la avergonzaban el olor que desprendía y su propia debilidad. Al contemplar cómo revoloteaban los pedacitos de tela y desaparecían en el agua, notó que se le aliviaba el estómago, pero solo unos instantes.

—Mire al horizonte —le ordenó un día un marinero que había visto sus arcadas—. Levante la frente y mantenga la vista fija a

donde nos dirigimos. No haga caso a las sacudidas y los golpes, al meneo y el bamboleo. Mire lo que no se mueve. Así se le asentará el estómago.

Honor asintió con la cabeza, aunque sabía que no le funcionaría, porque ya lo había intentado. Lo cierto es que había intentado todo lo que le aconsejaban: jengibre, una bolsa de agua caliente en los pies, una bolsa de hielo en el cuello. Observó con el rabillo del ojo al marinero, porque nunca había visto de cerca a un hombre negro. En Bridport no vivía ninguno, y en una ocasión, en Bristol, vio pasar a un cochero negro, pero el hombre desapareció antes de que le diera tiempo a fijarse en los detalles. Honor observó la piel del marinero, del color de una castaña, si bien rugosa y curtida por el viento, no lisa y brillante. Le hizo pensar en una manzana madura que ha adquirido un rojo intenso en el árbol mientras sus vecinas siguen verde claro. Tenía un acento inidentificable; podía haber sido de cualquier parte.

El marinero también la observaba. Quizá no hubiera visto a muchos cuáqueros, o sintiera curiosidad por saber cómo era el aspecto de Honor cuando las náuseas no le descomponían la cara. Normalmente tenía la frente lisa, en la que destacaban unas cejas como alas sobre los grandes ojos grises, pero el mareo continuo dibujaba arrugas donde antes no las había y le robaba su serena belleza.

—El cielo es tan grande que me da miedo —dijo, y se quedó sorprendida al oírse hablar.

—Más le vale acostumbrarse. A donde va usted es todo muy grande. ¿Por qué va América? ¿A por marido? ¿No le parecen bien los ingleses?

Pues no, pensó Honor.

—Acompaño a mi hermana —respondió—. Va a casarse en Ohio.

—¡Ohio! —exclamó el marinero con desdén—. Quédese en la costa, muchacha. No vaya a ningún sitio en el que no se huela el mar, es lo que yo digo. Se quedará encerrada en los bosques esos. Vaya, otra vez. —Retrocedió cuando Honor volvió a inclinarse sobre la barandilla.

El capitán del *Adventurer* dijo que era la travesía del Atlántico más tranquila y rápida que había hecho el barco. Saberlo solo contribuyó a que Honor sufriera aún más. Tras treinta días en el mar, bajó a los muelles de Nueva York tambaleante, esquelética, con la sensación de haber vomitado hasta la primera papilla y de haberse quedado vacía. Comprobó horrorizada que la tierra corcoveaba y se bamboleaba tanto como la cubierta del barco, y devolvió una última vez.

Comprendió entonces que si no podía aguantar el viaje más fácil que podía ofrecerle Dios, jamás sería capaz de volver a Inglaterra. Mientras Grace se arrodillaba y daba gracias a Dios por haber llegado a América, Honor se echó a llorar, por Inglaterra y su antigua vida. Un mar infranqueable se extendía entre ella y su hogar. No podía regresar.

Mansion House Hotel  
Hudson, Ohio  
26 del quinto mes de 1850

Queridos padre y madre, William y George:

Con la más profunda aflicción he de decirles que hoy ha fallecido nuestra querida Grace. Dios se la ha llevado muy joven, cuando estaba a punto de empezar su nueva vida en América.

Escribo en un hotel de Hudson, Ohio, donde permaneció Grace durante las últimas etapas de su enfermedad. El médico dijo que era fiebre amarilla, al parecer más común en América que en Inglaterra. No puedo sino aceptar su diagnóstico, pues desconozco la enfermedad y sus síntomas. Tras la dolorosa defunción de mi hermana, puedo asegurar que Dorset tiene suerte de verse libre de tal horror.

Ya les he escrito sobre el viaje hasta Nueva York, y espero que hayan recibido mis cartas desde allí y desde Filadelfia. No siempre confío en que las cartas que entrego lleguen a su destino. En Nueva York cambiamos los planes para el viaje y decidimos ir en diligencia a Filadelfia y cruzar Pensilvania hasta Ohio en lugar de en varios barcos por los ríos y canales de Nueva York hasta el lago Erie y después hasta Cleveland. Aunque muchas personas me habían asegurado que esos barcos son muy distintos de los marítimos, no pude hacerme a la idea de volver a estar en el agua. Ahora me temo que mi falta de valor resultara fatal para Grace, pues quizá no habría contraído la fiebre si hubiéramos ido en barco. He de vivir con esta culpa, con su perdón y la comprensión de Dios.

Aparte de unos ligeros mareos, Grace estuvo muy bien du-



rante toda la travesía y hasta Filadelfia, donde nos alojaron unos amigos una semana para recuperarnos del viaje. Mientras estuvimos allí asistimos a la asamblea de Arch Street. No me había imaginado que pudiera ser tan grande; debía de haber unos quinientos amigos en la habitación, veinte veces el tamaño de la de Bridport. Me alegro de que Grace pudiera asistir a una asamblea así una vez en su vida.

En Pensilvania, en el camino hasta Ohio hay establecida una red de casas de amigos donde alojarse. En todos los sitios, en ciudades grandes como Harrisburg y Pittsburgh y también en otros asentamientos más pequeños, nos recibieron bien, incluso cuando Grace empezó a mostrar síntomas de la fiebre amarilla, a los dos días de salir de Harrisburg. Empieza con fiebre, escalofríos y náuseas, que pueden ser signos de cualquier enfermedad, así que al principio no nos preocupamos demasiado, salvo por la incomodidad de Grace en las diversas diligencias en las que atravesamos Pensilvania.

Nos quedamos unos días en Pittsburgh, donde pareció reponerse bastante y se empeñó en que continuásemos. Lamento haberle hecho caso y no haberme fiado de mi intuición, que me decía que necesitaba reposar, pero las dos estábamos deseando llegar a Faithwell. Desgraciadamente, le volvió la fiebre al cabo de un día, esta vez acompañada por el vómito negro y el tinte amarillo de la piel que ahora sé que confirma la fiebre amarilla. Con gran dificultad logré convencer a los cocheros para que no nos dejaran en la cuneta y pudiéramos continuar hasta Hudson. Lamento decir que tuve que gritarles, aunque no sea natural en un amigo hacer semejante cosa. Los demás pasajeros no permitían que nos sentáramos dentro por temor al contagio, y los cocheros nos obligaron a encaramarnos encima de la diligencia, con

el equipaje. Era peligroso, pero Grace iba recostada sobre mí y yo la sujetaba con fuerza para que no se cayera.

En Hudson duró tan solo una noche, hasta que Dios la acogió en su seno. Durante la mayor parte del tiempo estuvo delirando, pero unas horas antes de morir recobró la lucidez y pudo manifestar su amor por todos y cada uno de ustedes. Yo hubiera preferido llevarla a que descansara en Faithwell, entre amigos, pero hoy la han enterrado en Hudson, pues todo el mundo teme la propagación de la infección.

Como me hallo tan cerca de Faithwell, estoy decidida a continuar. Se encuentra a poco más de cuarenta y cinco millas de Hudson, que no es una gran distancia tras las quinientas que recorrimos desde Nueva York y los miles de millas por mar. Me apena que Grace haya estado tan cerca de su nuevo hogar y que no vaya a verlo. No sé qué haré cuando llegue allí. Adam Cox aún no conoce la triste noticia.

Grace sufrió mucho y lo sobrellevó con valentía, pero ahora descansa en paz con Dios. Sé que algún día volveremos a verla, y eso me sirve de consuelo.

Vuestra hija y hermana, que os quiere,

HONOR BRIGHT